

FOTOGRAFÍA EN GIRONA: 1860 – 1940

En los años sesenta del siglo XIX la fotografía adquiere un cierto arraigo como fenómeno social. Es a partir de estas fechas que los fotógrafos se instalan de forma permanente en diferentes poblaciones de las comarcas de Girona, es decir, abren su propia galería, como pasa en la mayoría de las ciudades del estado español. Entre los retratistas podemos mencionar a Ramón Massaguer (Girona), a Amís Unal (Figueres y Girona) o a Magí Polbach (Sant Feliu de Guíxols). A partir de este momento, la posibilidad de retratarse está al alcance de la gente y depende únicamente de voluntades y de bolsillos. La presencia de las galerías fotográficas es posiblemente el elemento más significativo para determinar la inserción definitiva de la fotografía en el tejido social gerundense. El retrato, que adquiere una gran popularidad con el formato tarjeta de visita, tiene un éxito comercial considerable y se convierte en el medio de subsistencia de muchos profesionales. No obstante, los fotógrafos combinan habitualmente esta especialidad con otras, hecho que les permite la realización de, por ejemplo, catálogos monumentales o series sobre vistas urbanas o paisajes. El porqué de la presencia de fotógrafos a partir de estos años se explica principalmente por factores tecnológicos y sociales.

A nivel tecnológico la fotografía consigue algunos hitos que le permiten un uso más extensivo y con más posibilidades de comercialización. El colodión húmedo (1850), como procedimiento negativo, y la copia de papel a la albúmina (1851), como procedimiento positivo, constituyen un binomio que marcará una época, casi hasta final de siglo. Estos procedimientos, superan algunas limitaciones técnicas de sus precedentes. Entre estas, encontramos la posibilidad del daguerrotipo para reproducirse o la pobre narrativa de la imagen que ofrece el calotipo (negativos sobre papel). A las virtudes de los nuevos procedimientos, se le debe añadir la evolución de las ópticas, que son determinantes para el desarrollo tecnológico. Estas circunstancias favorecen notablemente la práctica de la fotografía, aunque falta todavía un largo camino por recorrer; el camino que llevará a la industrialización de los productos, a la instantánea o a la fotografía en color.

A nivel social también hay argumentos para pensar que en estos años la situación es más propensa para la introducción de la fotografía en el territorio gerundense. Si cogemos la ciudad de Girona como referencia, encontramos que en 1862 se produce la llegada de la línea de tren procedente de Barcelona y que en 1878 se acaba la línea hasta Francia. En 1892 se inaugura el ferrocarril de vía estrecha de Sant Feliu de

Guíxols y en 1895 el de Olot. Se construyen los puentes de hierro: el del ferrocarril (1866), el de la calle Cervera (1876), el de las Peixeteries Velles (1877), el de Sant Agustí (1877), el del Rellotge (1878), etc. En 1886 se estrena el alumbrado eléctrico de la ciudad. Al año siguiente se funda la fábrica Gròber, estándar del tímido proceso de industrialización que experimenta la ciudad. En 1902 llega el primer automóvil a la ciudad, un Dion-Boutton, y en 1907 ya existe el primer coche matriculado en Girona, un Hispano-Suizo. Se inicia pues la época del ferrocarril, de la arquitectura de hierro, de la electricidad, de la industrialización, de los automóviles, etc. Todos ellos elementos modernizadores de una sociedad de gran influencia y dominio clerical que se resiste todavía a abandonar el antiguo régimen. La fotografía forma parte también de estos elementos de cambio, ya que representa uno de los símbolos más elocuentes de la modernidad, como lo demuestra el arraigo que tuvo desde sus orígenes en las sociedades más industrializadas, como la francesa, la inglesa o la norte americana. En estos países la historia de la fotografía comienza de lleno el mismo 1839, año de la presentación pública del primer procedimiento fotográfico, el daguerrotipo.

En Girona, existen también unos precedentes que arrancan en este momento inicial. Se trata, sin embargo, de acontecimientos aislados, como pueden ser la visita de fotógrafos foráneos o la realización de algún acto público para experimentar o presentar el invento. A nivel de producción se podrían citar los dos daguerrotipos que conocemos actualmente a través de los grabados de Antoni Roca, de 1842, y que son las dos primeras imágenes fotográficas de la ciudad de Girona. A nivel de personas, es destacable la figura del diputado gerundense Joan Maria Pou i Camps que realizó el primer daguerrotipo hecho en Madrid, el mismo 1839. Se podrían citar otras personas y algunas informaciones de más interés, pero lo cierto es que en estos primeros 20 años, la fotografía tiene poca presencia en la zona. Posiblemente, la inexistencia de una clase burguesa sea el principal motivo de este vacío, ya que la fotografía despertó gran expectación en las sociedades industrializadas y la daguerrotipia, en concreto, estuvo principalmente al servicio del retrato de la burguesía.

La combinación colodión (negativo) – albúmina (positivo) tuvo un gran dominio hasta 1880, a pesar de que existían otros procedimientos también muy populares, como la cianotipia o los carbones (todos ellos para copias positivas). Así pues, la mayor parte de los retratos de estudio de este período se realizan en papel de albúmina. También son albúminas la mayoría de fotografías de exteriores que conocemos. De estas, la obra de más entidad es el álbum *Bellezas de Gerona* del fotógrafo barcelonés Joan

Martí, de 1877. El autor puso a la venta un álbum para mostrar el patrimonio monumental de la ciudad. De este álbum también se conoce una versión hecha con copias al carbón, un procedimiento fotográfico mucho más estable, que sirvió como regalo del Cabildo de la Catedral al Papa Pío IX.

La evolución tecnológica de la fotografía es una constante desde sus inicios, pero en la década de los 80 se producen algunos acontecimientos especialmente relevantes que van acompañados, además, de la producción industrial de buena parte de los productos básicos de consumo para ejercer la actividad fotográfica. Es el caso de la sustitución del negativo de cristal al colodión por la placa seca al gelatinobromuro, que facilita enormemente el trabajo del fotógrafo de exteriores. La nueva técnica permite llevar las placas preparadas desde casa y no exige un revelado inmediato. Se difunden nuevos procedimientos de positivos que tienen una buena aceptación y que compiten sobre todo con la albúmina, como son los aristotipos. En cuanto a los soportes, aparece la película plástica, que convivirá durante muchos años con el cristal y que presenta grandes ventajas para el fotógrafo. Con todos estos cambios, el trabajo profesional consigue importantes mejoras y se alcanzan hitos tan destacables como la instantaneidad, es decir, la posibilidad de captar el movimiento, de la que el fotógrafo figuerense Josep Maria Cañellas es el máximo exponente. Todo esto ayuda a que el fenómeno de la fotografía vaya expandiendo horizontes y esté muy cerca de poder entrar en el ámbito doméstico. La creación en Rochester (Nueva York) de la empresa Kodak por parte de George Eastman en 1888 será decisiva en este sentido, ya que en este mismo año presentan una cámara cargada para 100 exposiciones y con la opción de revelado por parte de la misma empresa, hecho que supone el acceso de los aficionados a la fotografía.

Otro factor clave de este año 1880 es la sustitución del grabado por la fotografía en los medios informativos. Este hecho supone la integración de la fotografía en la imprenta y la desvinculación de los parámetros interpretativos propios del grabado, ya que el fotograbado se impone rápidamente en la prensa ilustrada. De hecho, la reproducción fotomecánica de la colotipia se conocía ya desde 1855, pero no es hasta 1880, cuando aparecen otras técnicas como el grabado al vacío y la media tinta, cuando la reproducción mecánica de la fotografía pasa a formar parte del proceso de imprenta. Se puede decir que en los años precedentes, la fotografía se divulga sobre todo a partir del grabado y que, por tanto, está sometida a la estética de estas técnicas de impresión. La fotomecánica permitirá una divulgación mucho más grande de las imágenes fotografiadas y sin privarlas de las claves interpretativas del propio lenguaje.

El libro de Amadeu Mauri "Fotografías de la ciudad de Gerona i sus alrededores" (1900) hecho a partir de la técnica del fotograbado es un buen ejemplo de este alcance.

En el siglo XX la fotografía se consolida en todos los niveles y se introduce de una manera u otra en todos los estratos sociales. Se inicia el consumo masivo de imágenes y el acceso a los productos fotográficos queda reservado a las clases acomodadas. Respecto al consumo de imágenes, el retrato continúa siendo la base del negocio, pero la compra de postales juega también un rol importante. De hecho, la postal sigue la tradición de las ediciones comerciales de fotografías estereoscópicas del siglo anterior, con el tratamiento de unas temáticas similares, como paisajes, monumentos, acontecimientos sociales, etc. Los tirajes a partir de colotipias y fotograbados permiten el acceso de estas imágenes al gran público. Editores como Thomas, Àngel Toldrà Viazo (ATV) o Lluçia Roisin publican numerosas fotografías de las comarcas gerundenses. Además de la postal fotomecánica existe también una producción de postal fotográfica, hecha con copias al gelatinobromuro, de las cuales son destacables las series de Valentí Fargnoli. Este autor fotografió extensamente las poblaciones y la vida humana de las comarcas gerundenses, con un sello personal que lo convierten en el protagonista principal de la historia de la fotografía gerundense de principios de siglo. También fue importante la demanda de fotografías de difuntos, denominadas post mortem, que se extiende hasta los años 30 y de las que tenemos diferentes muestras, como las que realizaron los **Unal**. Las imágenes de desnudos femeninos tienen gran aceptación, aunque la producción hecha en la zona fue poco importante y, en todo caso, trabajada siempre desde una vertiente más artística. En cambio, el consumo de imagen erótica se nutre casi de forma exclusiva de fotografías procedentes de otros países, sobre todo Francia. La moda y la publicidad también abren un mercado a la fotografía, a partir de los años 20. En la década de los 30 se consolida la fotografía periodística, gracias principalmente a la facilidad de trabajo que aporta la reducción del volumen de las cámaras.

Respecto **al** consumo de productos, se crea un mercado entorno al fotógrafo aficionado que se beneficia del hecho de que el progreso técnico lo exime del trabajo de laboratorio. Esto hace que las familias acomodadas se interesen en adquirir una cámara fotográfica y, por tanto, puedan realizar las propias fotografías, sin necesidad de depender de encargos profesionales. Se desconoce el impacto que tuvo este comercio sobre la sociedad gerundense, pero seguro que las cifras están muy lejos del 10% de familias con cámara de Inglaterra o del 12% de Estados Unidos. Entre esta

pequeña elite intelectual burguesa encontramos a los hermanos Joan y Rafel Masó, el primero de ellos cuenta con una producción vinculada en buena parte al excursionismo. Su interés por ambas actividades lo lleva a crear en 1930, conjuntamente con Josep Xaudiera, la sección fotográfica del Grup Excursionista i Esportiu Gironí (GEiEG). Este hecho es bastante significativo ya que los grupos excursionistas se convirtieron en claros impulsores de la fotografía de aficionado en nuestro país. Pero además de la relevancia que este autor pueda tener como fotógrafo aficionado vinculado al excursionismo, Joan Masó ocupa un lugar destacado en la historia de la fotografía por ser el primer autor gerundense que realiza fotografías en color. Esto sucede en el año 1923. Lo hace con la técnica del autocromo, un procedimiento comercial de color patentado en 1907 por los hermanos Lumière. Conseguir la fotografía en color fue un reto durante muchos años. Maxwell había conseguido en 1861 la primera fotografía en color a partir de la separación de negativos, pero con el autocromo el color sale de los círculos eruditos y se pone al alcance del gran público. De todas formas, se trata de un procedimiento de pantalla, en que la imagen se visualiza por proyección, porque la película de color (lo que se conoce como color moderno) no aparece hasta 1935, con el Kodachrome.

La Guerra Civil provoca grandes dificultades para adquirir material y lógicamente la producción fotográfica se resiente. La producción que ha quedado de este período es escasa y proviene en buena parte de fotógrafos de prensa extranjeros que se desplazaron a la zona para cubrir la actualidad informativa. Es el caso de Albert-Louis Deschamps, del que se conocen un buen número de fotografías de Girona, Figueres y otras poblaciones.

En el período que va hasta 1940, se identifican en las comarcas gerundenses más de medio millar de autores, la mayor parte de los cuales son retratistas, pero también de otras especialidades como puede ser la edición de postal o el fotoperiodismo. Su obra constituye un patrimonio de importante valor documental, pero cuenta también con el componente creativo inherente a las imágenes fotográficas. Muchas de estas imágenes nos permiten pensar en una voluntad estética y conceptual por parte del autor. En el caso de la fotografía artística este hecho es evidente. Los nombres de fotógrafos vinculados a corrientes artísticas son pocos, aunque significativos en el ámbito catalán. Es el caso de Antoni Campañà (Arbúcies) que participó del postpictoralismo, del pintor Jaume Ferrer (Llagostera) que destacó en la escenificación de la imagen, de Emili Vilà, con celebrados desnudos femeninos y de Salvador Dalí, como fotógrafo vanguardista. Incluso, podríamos incluir entre estos nombres los

trabajos etnográficos de Pereferrer i Barber (Foto Lux) y de Josep Esquirol, que se pueden considerar en la línea de la Nueva Objetividad.

Más allá de estos nombres existe una obra que cuenta con la huella del autor. Una obra con un componente estético lo bastante destacado como para considerarla al margen de su función documental. Se trata de retratos, vistas urbanas o instantáneas captadas de la cotidianidad que, sin tener una vocación netamente artística, se prestan al ejercicio de la pura contemplación. Hay que entender que la fotografía es un hecho científico, pero con una implicación con el arte que está presente desde su nacimiento, a pesar de que su consideración como disciplina artística no se produce hasta los años noventa del siglo XIX. La búsqueda actual de la artisticidad de esta obra fotográfica es un ejercicio que nos tiene que llevar a redimensionar nuestro patrimonio, con el convencimiento de que el valor de esas imágenes puede trascender la simple marca del registro icónico.

David Iglesias Franch

Técnico de Archivos del Centro de Investigación y Difusión de la Imagen (CRDI).